

La vida que nos damos

Basilio Sánchez

Día Mundial del libro · 23 de abril de 2011
Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

La vida que nos damos

Basilio Sánchez

En un poema escrito tras sus largos años de cautiverio, el poeta turco Nazim Hikmet nos dice:

Si fuera un platanar descansaría bajo su sombra.

Si fuera una puerta

abriría para el bien y cerraría para lo inicuo.

Si fuera una ventana, una ventana

abierta de par en par, sin cortinas,

traería la ciudad a mi cuarto.

Si fuera una palabra

invocaría lo justo, lo bello, lo verdadero.

Si fuera un libro

leería, sin aburrirme, en una noche en vela.

Es posible que sólo el que ha vivido desprovisto de lo esencial pueda llegar a ser consciente de la importancia de las palabras para la mera subsistencia, de la naturaleza primordial que las hace tan insustituibles como la pertenencia a un territorio, la aspiración a la belleza o el deseo de justicia.

No cabe duda de que es en esa esencialidad de las palabras donde podemos encontrar la explicación de que la literatura, en su expresión oral originaria – ya sea en forma de cuentos, de mitos o de leyendas -, apareciera entre nosotros con los primeros hombres con la capacidad de razonar. Como escribe Cristian Bobin, la voz que narra nace a la vez que el fuego en la caverna del hombre primitivo, y además con la misma finalidad: la de dar calor en medio de las glaciaciones, la de llevar un poco de la luz a la profundidad de esas cavernas, la de conseguir el respeto de los animales salvajes. El anhelo de las palabras comienza cuando alguien, en la profundidad de una de aquellas grutas, se inclina sobre otro que está enfermo – un cazador mordido en el talón por una serpiente, un niño con los ojos brillantes por la fiebre, una mujer que se desangra al lado de la ceniza, el pintor de bisontes que se ha quedado ciego o un anciano con las piernas aprisionadas por el hielo – y empieza a hablarle de la gran leyenda de la creación del mundo, de las fuerzas que rigen el movimiento de los astros o de los amaneceres rojizos como las amapolas que contemplan a veces desde lo alto de la montaña sagrada.

En la misma época en la que los hombres iluminaban las cavernas con figuras coloreadas de animales – escribe Bobin -, las palabras llegaban hasta ellos por la misma grieta en la piel por la que les entraba también la turbación, el miedo o el dolor. Antes de que se depositasen sobre unas tablas de arcilla para que apareciese la escritura, ya estaban las palabras tranquilizando almas, sosegando inquietudes, abasteciendo sueños. Y así han venido haciéndolo desde entonces cada vez que alguien, en la intimidad de su habitación, abrumado por el abatimiento, la soledad o el tedio, o simplemente deseoso de

amar y de sentir, de alcanzar a vivir en otras vidas lo que en la suya se le niega, abre un libro y reconoce en las palabras que otro ha escrito su propia voz, la respuesta a sus afanes más profundos.

Cuando uno de nosotros se inclina sobre un libro para leer un cuento, un relato o un poema, está reproduciendo de alguna manera aquellos viejos gestos; está participando, al calor que desprenden las palabras en los espacios clausurados, de ese acto secreto de intensidad que involucra tanto al que lo hace como al que lo recibe, como nos dice Brines; de esa confluencia de intimidades capaz de consolarle y redimirle, por un instante al menos, de la desprotección y la intemperie.

No me cuesta afirmar que en esto de la literatura empecé tarde y con muy poca preparación. Que si bien la lectura llegó a tener un papel decisivo en los primeros años de mi vida, el cambio de actitud que significa aproximarse a un texto no sólo por lo que dice, sino también por la manera en que lo dice, no se produjo en mí hasta el final de mis lecturas juveniles, una vez que los libros de aventuras – Stevenson, Salgari, Scott -; de espiritualidad – Lanza del Vasto, Chesterton, Tagore, Gibran, Hans Küng -; y los tratados de anatomía y fisiología humana, hubieran, respectivamente, conjurado en el niño sus horas solitarias, imbuido en el adolescente la idea de trascendencia y asegurado al joven una forma de vida.

Cuando se nos pregunta por las lecturas, solemos recordar, cómo no, las más recientes, pero también de forma muy particular las primeras: aquellas que tuvieron la extraña habilidad de provocar en nosotros emociones profundas, entre otras razones porque no las esperábamos, porque procedían de lugares inexplorados, de países ni siquiera intuidos. No tendría aún los veinticinco años cuando la casualidad hizo llegar hasta mis manos el libro de un autor del que hasta entonces jamás había oído hablar: se trataba de una fatigada antología de Austral de poemas de Rainer Maria Rilke, publicada en 1976, que un amigo me hizo llegar sin sospechar el efecto que en mí produciría. El volumen, de un rojo desvaído, había sido anotado y subrayado hasta la extenuación por su propietario, un joven estudiante de filología con el que compartía mis embrionarias destemplanzas con la literatura. Los de Rilke no eran los primeros poemas que leía, pero sí los que, por primera vez, me conmovían y deslumbraban hasta el extremo de llevarme a emularlos con unos versos tan arrebatadores como cándidos. Necesitaba escribir algo parecido. Anhelaba la riqueza y plasticidad de sus imágenes, su simbolismo trascendente, su humanidad inmensa. Aquel hombre sin patria que había sido capaz de construirse un hogar interior, de hacer del desamparo su lugar de cobijo, era yo mismo. Aquella escritura de raíz mística que proclamaba la inutilidad de salir a buscar fuera una verdad que ya estaba en nosotros,

debería ser la mía. La música perfecta de aquellas elegías que yo veía elevarse hacia lo alto, hacia la plenitud, pero que así y todo continuaba ligada como la cometa de un niño a lo concreto de nuestra existencia cotidiana, era la música que quería que sonara en mis oídos, brotase de mis labios.

No lo sabía entonces, pero a Vicente Aleixandre le había ocurrido algo similar. En verano de 1917, en un pueblo de la Sierra de Ávila, había recibido de manos de un joven como él, Dámaso Alonso, su primer libro de versos: un volumen de Rubén Darío cuya lectura, según reconocería más tarde, había provocado en su espíritu un verdadero cataclismo y le había revelado definitivamente la pasión de su vida.

Aquella antología, que aún conservo, llegaría a formar parte, junto a otras lecturas incipientes -*Sombra del paraíso*, de Aleixandre; *El don de la ebriedad*, de Claudio Rodríguez; *Hiperión*, De Hölderlin; *hojas de hierba*, de Walt Whitman o *Residencia en la Tierra*, de Neruda – del pequeño escenario en el que, a principios de los ochenta, y con más voluntad que acierto, comenzarían a surgir mis primeros poemas.

Un autor que nos gusta nos lleva a esto, y éste, a su vez, a otro, y así sucesivamente hasta configurar la idea del hormiguero de la que hablaba Lezama, la imagen del estanque y de sus círculos. Un crecimiento espiritualidad y un ensanchamiento de nuestros propios límites que no nos ahorran, sin embargo, una cierta sensación de fracaso al revelarnos – como fruto de ese mismo enriquecimiento – nuestra limitación para leer todos los libros, como quería Mallarmé. Pero en fin, el tiempo pasa y tenemos que elegir; así vamos construyendo durante el recorrido un mundo propio con todos esos libros que leemos y que tienen la virtud de describirnos, de decir quiénes somos, porque al seleccionarlos entre otros muchos libros estamos llevando a cabo una búsqueda consciente o inconsciente de espiritualidades afines.

Entre todos esos volúmenes, sin embargo, bajo la hojarasca de todas las lecturas posteriores, aquellos primeros libros que pudimos leer en esa época de nuestra infancia o de nuestra juventud en la que aún eran posibles los deslumbramientos, continúan con nosotros como el ascua de un fuego ya extinguido guiándonos los pasos, alentándonos en nuestras decepciones o proporcionándonos, simplemente, la compañía que necesitamos.

No hay duda, escribe Gamoneda, de que esos primeros días se establece con los libros una relación que nos marcará para siempre: *seremos hijos de nuestros libros si los hemos vivido y si nos han vivido a tiempo, o moriremos huérfanos de su insustituible progenitura*. Los poemas de Rilke – alguno de cuyos versos me

apresuré a incluir como prólogo de mi primer libro, *A este lado del alba* – lograron revelarme, con la luz vacilante de un carbón encendido, ese lugar oculto en cada uno en el que es posible el diálogo y desde el que podemos gozar y percibir mejor el mundo. Aquellos versos supieron hacerme para siempre testigo del milagro fecundo de comunicación en soledad, que es, en esencia, y parafraseando a Marcel Proust, la lectura.

Hace ya algunos años, en un pequeño instituto de Córdoba, al finalizar un encuentro con estudiantes de bachillerato al que había sido invitado, se me ocurrió preguntar si había alguien entre los allí reunidos al que le gustara leer poesía. Todos se volvieron al unísono, riéndose y gesticulando, hacia una compañera sentada en la última fila que, presa de un rubor excesivo, bajaba los ojos e intentaba defenderse de las acusaciones con movimientos desasosegados de cabeza. Aquel día, sin pensarlo dos veces, me levanté de pronto y, atravesando el patio de butacas, me aproximé hasta ella, le pregunté su nombre y le puse entre las manos el libro que en aquel momento estaba leyendo acompañándolo de una nota cariñosa. Tuve la sensación de que acababa de ofrecerle un cántaro de agua a alguien segregado de la tribu, alguien desamparado en un desierto implacable, pero capaz de generar, quizá dentro de poco y por sí mismo, su propia agua.